

945  
I

# VIAJE POR ITALIA

---

## EL CAMINO Y LA LLEGADA

---

Á M..., EN PARÍS

*15 de Febrero de 1864.*

¿Conoces tú algo más desagradable que los entreactos? Se revuelve uno en su butaca y estira los miembros mientras bosteza disimuladamente. Se tiene la vista deslumbrada; mira uno por centésima vez las caras fatigadas de los músicos, el primer violín que hace alardes de filigrana, el clarinete que toma aliento, el paciente contrabajo parecido á un caballo de alquiler desaparejado después de un relevo. Se vuelve uno hacia los palcos y ve por encima de los descotados hombros una gran mancha negra, los enormes gemelos que semejan un trozo de trompa y que ocultan los semblantes; un aire malsano, denso, pesa sobre el hormiguero de la orquesta y del patio; en una polvareda de luz viva y fuerte se mezclan una multitud de cabezas inquietas y gesticulantes sonrisas falsas; el malhumor se hace paso bajo la urbanidad y la decencia.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



Compráis un periódico, que encontraréis estúpido; llegáis hasta á leer el *libreto*, más estúpido aún, y acabáis por deciros muy bajito que habéis perdido la noche: el entreacto es, sin duda, más tedioso que divertida la obra.

En todo viaje hay una infinidad de entreactos; las horas en que nada se puede hacer, las de la mesa redonda, las de dormir, las de levantarse, la espera en las estaciones, el intervalo entre dos visitas y los momentos de cansancio y de sequedad. La vida se ve de color negro en todo ese tiempo. No conozco más que un remedio: tener lápiz y escribir notas...

Considero esto como un diario falto de páginas, y por lo demás completamente personal. Cuando me agrada una cosa no pretenderé que te agrada; menos aún que guste á los otros. El cielo, por fortuna, nos libra de legisladores en materia de belleza, de placer y de emociones. Lo que siente cada uno le es propio y particular como su naturaleza; lo que experimente yo, dependerá de lo que yo soy.

A este propósito, pues, debo comenzar por un ligero examen de conciencia; conviene probar un poco la construcción de un instrumento antes de usarlo, y una vez experimentado, se ve que siente más placer este instrumento, alma ó espíritu, ante las cosas naturales que ante las obras de arte; nada le parece igual á las montañas, al mar, á los bosques y á los ríos. Para todo lo demás, persevera en él la misma disposición; así en poesía como en música, en arquitectura ó en pintura, lo que le impresiona por excelencia es lo natural, la espontánea manifestación de las potencias humanas, cualesquiera que sean y bajo cualquier forma que se presenten. Con tal que tenga el ar-

tista un profundo sentimiento apasionado y no intente más que expresarlo todo entero tal como lo siente, sin vacilación, desfallecimiento ni reserva, está bien; desde el momento que es sincero y suficientemente dueño de sus procedimientos para traducir exacta y completamente su impresión, su obra es bella, sea antigua ó moderna, gótica ó clásica. A título de bella representa en compendio los sentimientos públicos, las pasiones dominantes del tiempo y del país donde nació, de manera que ya es una obra natural, la obra de las grandes fuerzas que dirigen ó hacen chocar entre sí los acontecimientos humanos.

Así construído el instrumento, ha sido paseado en la historia principalmente entre las obras de arte, las únicas que por su relieve tan sensible conservan para la posteridad el cuerpo vivo y toda la personalidad humana á través de las estampas y de los museos de Francia, de Bélgica, de Holanda, de Inglaterra y de Alemania. Hecha la comparación, se ha encontrado sensible este instrumento desde luego, y por cima de todo, á la fuerza heroica ó desenfrenada, es decir, á los colosos de Miguel Angel y de Rubens, después á la belleza de la voluptuosidad y de la dicha, esto es, á las decoraciones de los venecianos, en el mismo grado, y tal vez más aún al sentimiento trágico y penetrante de la verdad, á la intensidad de la visión dolorosa, á la atrevida pintura del fango y de la miseria humana, á la poesía de la luz turbia y septentrional, es decir, á los cuadros de Rembrandt. Este es el instrumento que ahora llevo á Italia: he ahí el color de sus cristales; ten en cuenta este tinte en las descripciones que va á producir. Desconfío de mí mismo y he cuidado de proveerme de otros vidrios para valerme de



ellos cuando sea ocasión; la cosa es muy posible, la educación crítica é histórica proveerá. Con reflexión, lecturas y costumbre, gradualmente se consigue reproducir en sí mismo sentimientos á los cuales desde luego se era extraño; vemos que otro hombre cualquiera en pasado tiempo ha debido sentir de distinto modo que nosotros mismos; penetramos en sus miras, luego en sus gustos; nos colocamos en su punto de vista, le comprendemos, y á medida que esto lo hacemos mejor, nos encontramos un poco menos bobos.

### Marsella y la Provenza

Este es ya el verdadero país meridional; comienza en las Cévanas. La tierra del Norte está siempre mojada y ennegrecida; en el invierno mismo sus praderas aparecen verdes. Aquí es todo gris y poco brillante; montañas peladas, rocas blanquecinas, llanuras extensas, áridas y pedregosas; casi ningún árbol, á no ser en las pendientes suaves, en los huecos llenos de guijarros, donde olivos pálidos y almendros abrigan sus hileras empobrecidas. Falta el color, es esto un simple dibujo, delicado, elegante, como los fondos del Perugino. Parece el campo una gran tela de un gris como el del lino, rayada y uniforme; pero el dulce sol pálido luce amigable sobre el azul; una brisa débil llega á las mejillas como una caricia; en manera alguna es esto un invierno, es más bien una espera, la espera del verano. Y de pronto se destacan á la vista las magnificencias del Mediodía, el lago de Berre, admirable sábana

de color azul inmóvil en su corte de montañas blancas; después el mar abierto al infinito, la inmensidad del agua radiante, tranquila, cuyo color brillante ostenta la delicadeza de la más encantadora violeta ó de una clemátide abierta; todo en torno de montañas listadas que parecen cubiertas de una gloria angélica, tanto mora allí la luz, tanto esta luz, aprisionada en los huecos por el aire y la distancia, parece ser su ropaje. Una flor de invernadero en una copa de mármol; las nacaradas venas de la orquídea, el pálido terciopelo que rodea sus pétalos, el polvo de púrpura violácea que reposa en su cáliz, no son más espléndidos y á la vez más dulces.

Por la noche, en el camino que sigue la orilla del mar, un aire tibio llegaba al rostro; los olores de los verdes árboles se difundían por todas partes como un perfume de verano, y el agua transparente parecíase á una esmeralda líquida. Las formas vagas de las montañas medio perdidas en la obscuridad y las extensas líneas de las costas eran siempre grandiosas, y en el límite del cielo una claridad, una faja de púrpura ardiente dejaba adivinar la magnificencia del sol.

### Embarque á las diez

Este silencioso puerto, esta gran dársena negra, reluciente, son cosa muy extraña. Los aparejos, los cordajes, el surcar de líneas aun más negras... Tres faroles lucen en la lejanía como estrellas, y la prolongada línea de luz que oscila sobre las aguas semeja un collar de perlas que se



deshace. El buque se balancea con lentitud, como un saurio colosal, especie de monstruo antediluviano que ronca; sobre sus dos costados, en la estela, el levantarse y deprimirse del agua, forma una horrible aleta negruzca; se creería ver la membrana de un sapo monstruoso. Siéntese debajo de uno el hélice que incesantemente horada el mar con su barrena; los costados del barco tiemblan; hasta la mañana se está sintiendo este horadamiento potente y monótono como hecho por un plesiosaurio convertido en esclavo y empleado en reemplazar el trabajo de los hombres.

### En el mar

Esta mañana el tiempo es dulce, brumoso y tranquilo. Las crestas de las olas menudas salpican con sus espumas blancas la niebla color de pizarra; nubes húmedas penden y se deshacen sobre los cuatro puntos del horizonte. Pero ¡cuán bellas serían estas ondas de terciopelo deslustrado si el sol brillara detrás de ellas! He visto este cielo y este mar en pleno estío en todo su esplendor. No había palabras con que expresar la belleza del azul infinito que de todas partes se extendía hasta perderse de vista. ¡Qué contraste con el peligroso y lúgubre Océano! Parecía este mar una hermosa joven, feliz con su vestido nuevo de seda brillante. Azul y más azul, radiante hasta el fin, hasta el fondo, hasta el límite del cielo, y acá y allá franjas de plata sobre esta seda en movimiento. Se volvía uno pagano, se sentía la penetrante mirada, la fuerza viril, la serenidad del sol mag-

nífico del dios del aire. ¡Cómo triunfaba allí arriba! ¡Cómo lanzaba á manos llenas todas sus flechas sobre la sábana inmensa! ¡Cómo centelleaban y saltaban las olas bajo tan copiosa lluvia de fuego! Se pensaba en las Nereidas, en las conchas sonoras de los Tritones, en rubios cabellos sueltos, en cuerpos blancos bañados por la espuma. La vieja religión de la alegría y de la belleza renacía en el fondo del corazón al contacto del paisaje y del clima que le dieron vida. Siempre el mismo cielo tibio y triste. El mar rueda lentamente, medio rojizo, medio azulado con ese tinte de pizarra obscura que se ve en las canteras profundas. A veces el sol asoma entre las nubes y á lo lejos se ve relucir un trozo de mar.

Hacia la tarde aparecen picos nevados, una larga cadena de montañas; luego, más cerca, los ásperos flancos abollados, la costa oscura de Córcega. Esta es grande á fuerza de simplicidad, pero esta desnudez es estéril. Involuntariamente se recitan los versos de Homero sobre «el Océano infecundo é indomable». Para nada es buena esta gran agua salvaje: imposible aprovecharla, someterla, acomodarla á las necesidades del hombre.

### Civita-Vecchia

La embarcación se ha detenido. De pronto, en la claridad gris del alba, se distingue un muelle, una línea quebrada de casas, techos planos y rojizos escuetamente cortados sobre la superficie tranquila de las aguas. Hacia alta mar avanza un hermoso buque de vela medio inclinado como un



ave que se cierne. Nada más; dos ó tres líneas negras sobre un fondo claro con la blancura y la frescura del mar y del alba. Diríase que era una marina esbozada al lápiz por un gran maestro.

Se entra en la ciudad, y esta impresión cambia: es una población triste, mezcla de callejuelas infectas y de edificios de la administración que ofrecen la vulgaridad correcta propia de su destino. Algunas de estas callejuelas tienen de anchura sólo cinco pies, y sus casas, unas en otras, se apoyan por contrafuertes colocados de través. Allí el sol no penetra jamás, el barro es viscoso. En algunas el ingreso es una vieja construcción medioeval con un pórtico y unas á manera de almenas. Vacilando se entra en esta especie de foro, por cuyos dos costados aparecen negros tabucos donde muchachos grasientos y chicuelas desgredadas zurcen sus medias y tratan de mantener unidos sus andrajos. Nunca pasó una esponja por aquellos vidrios ni una escoba por las escaleras. La suciedad humana las ha impregnado y la rezuman: un olor acre y salobre llega hasta el olfato. Muchas ventanas parecen amenazar ruina; los escalones, desnudos, suben rodeando los muros, cuya superficie parece piel de leproso. En las calles de travesía, entre el lodo, los tronchos de col y las cortezas de naranja, algunos tenduchos, más bajos que el piso, entreatren sus agujeros, y en su interior se ven sombras que le agitan: un carnicero que expone en la tabla carne sangrando y cuartos de ternera colgados del muro; un frutero con aspecto del más feroz sicario; un enorme fraile, sucio, con trazas de desvergonzado, que ríe con toda su boca, puestas las manos sobre su vientre; un calderero bien vestido, sereno y arrogante como un príncipe, y alrededor de todo esto

buen número de expresivas figuras, algunas perfectamente hermosas, casi todas enérgicas, con actitudes de actor, ordinariamente ostentando cierta especie de alegría burlona y una extremada facilidad en adoptar la expresión de lo grotesco. Nuestros franceses del buque, nuestros veinte jóvenes soldados, tenían el aire bailante más dulce y mucho menos enfático; es raza esta de factura menos fuerte y más delicada.

Aquí es donde ha vivido nuestro pobre Stendhal tan largo tiempo con los ojos vueltos hacia París. «Mi desgracia—escribía—consiste en que nada excita á pensar aquí. ¿Qué distracción puedo yo encontrar en medio de cinco mil mercaderes de Civita-Vecchia? No hay de poético más que los mil doscientos forzados; imposible el hacer sociedad con nadie. Las mujeres sólo tienen un pensamiento: el de hacerse regalar un sombrero de Francia por su marido.» Aun queda aquí un amigo de Stendhal, un arqueólogo; á título de esto pasó por liberal; así hace veinte años que no ha podido conseguir un permiso para ir á pasar tres horas en Roma.

Acá y allá, en las calles y en las plazas, se manifiesta la vida meridional. Un calderero y varios zapateros ambulantes trabajan al aire libre. Chiquillos con los pies desnudos y los labios sucios juegan á los naipes sobre una carreta. En el rincón de una callejuela innoble, bajo el mechero de una lámpara, la Madona, rodeada de niños, de flores, de coronas y de corazones pintados, sonríe tras de su cristal, y los transeúntes se santiguan. Dos pescadores llegan á la plaza con tres cestos; se improvisa al punto un mercado; unas veinte personas se reúnen en derredor, mostrando curiosidad como ante un espectáculo, gesticulando



y fumando; los casi señores se llevan el pescado en sus pañuelos de seda. Bastantes vágabundos andrajosos y mocetones, cubiertos con sus capas negras ó pardas, pululan por los rincones, aspirando el olor de los fritos y mirando al mar: seguramente duermen hace diez años en el suelo, envueltos en las capas, á juzgar por lo descoloridas; el dedo grueso del pie se muestra atravesando los zapatos agujereados. Los pantalones han pasado cinco ó seis veces por matices claros y oscuros, del gris al negro, del negro al pardo, de éste al amarillo, agujereados y muy remendados; no se podría encontrar cosa más compuesta. Les importa esto muy poco; pasan filosóficamente su tiempo en hacerse contemplativos y epicúreos: se dejan llevar de la vida, recrean sus sentidos en el espectáculo de las cosas bellas y la conversación ociosa; el trabajo lo dejan para los tontos. Hora y cuarto han necesitado en el embarcadero para registrar veinticinco maletas. De unos seis hombres empleados, sólo dos trabajaban: los otros cuatro deliberaban y miraban; preciso era montar en cólera para hacerles moverse. Orden ninguno: una maleta pasaba tanto más de prisa cuantas más veces su dueño había gritado ¡bestial! con voz más fuerte. Cuanto más la Naturaleza es bella, menos el hombre está obligado á ser activo y cuidadoso. El holandés, el aldeano de la Selva Negra, serían harto desgraciados si su interior no fuese agradable y limpio. Aquí el trabajo y la disciplina son cosas superfluas; la Naturaleza se encarga de proporcionar el bienestar y la belleza.

### De Civita-Vecchia á Roma

Se sigue la mar que se extiende al infinito, llena completamente de un azul sin brillo, con débil y monótono movimiento; durante leguas no se deja de verla á la derecha, señalando el límite de la arena con una franja ancha de color blanco. Sobre la campiña se cierne siempre el inmenso velo de la blanda bruma.

A la izquierda siguen las colinas, que ya suben, ya descienden, con suaves tintes de un verde borroso y como amortiguado. No tienen verdaderos árboles, sino espartos, enebros, lentiscos, aliagas y otros arbustos de hojas rígidas. Todo está desierto: apenas si en todo el trayecto, de largo en largo espacio, en el borde de una concavidad, se distingue alguna quinta. Descienden arroyuelos torciendo sus cauces, luego se convierten en lagunas pequeñas y el mar luego las rechaza; esto hace un país malsano y hostil al hombre. Algunos caballos en libertad y muchos bueyes negros, de largos cuernos, andan por las pendientes; diríase que nos hallábamos en las landas de Gascuña. De tiempo en tiempo se ve á lo largo un bosque de árboles grandes grises, desnudos y melancólicos como seres enfermos.

He ahí, por fin, la campiña de Roma; sólo se ven colinas desnudas, sin árboles ni arbustos, y un mal tapiz de hierbas pasadas y amarillentas; todavía no hay acueductos ni nada que rompa aquella lúgubre monotonía; después jardines, setos de espino negro atado con gruesos juncos blanquecinos, y por algunos sitios hortalizas; en el



horizonte cúpulas, un viejo talud de ladrillos y de bastiones ennegrecidos, un largo acueducto como un muro inmenso y Santa María la Mayor con un campanario y dos cúpulas. En el desembarcadero gran número de coches de alquiler en movida confusión, gritería de los cocheros, de los conductores, de los guías, que á la fuerza se apoderan de vuestro equipaje y también de vuestra persona; ola movediza de figuras heterogéneas, ingleses, alemanes, americanos, franceses, rusos, que se tropiezan, se amontonan, se dan informes con todos los acentos y en todas las lenguas: el trayecto entero, hasta llegar á la fonda, ofrece el aspecto de una ciudad antigua de provincia mal cuidada, sin alineación, irregular y sucia, con calles angostas y enlodadas, abundante en tabacos y buhardillas, con freidurías al aire libre, ropa tendida en cuerdas para secarse y multitud de casas altas, monumentales, cuyas ventanas, enrejadas de enormes barrotes cruzados, espesos y sujetos con redoblones, dan la idea de una fortaleza ó una prisión.

### Roma

Tenia para mí toda una tarde, y he querido ver el Coliseo y San Pedro. En verdad que es imprudente anotar aquí las primeras impresiones tales como se tienen; más puesto que se tienen, ¿por qué no anotarlas? Un viajero debe considerarse como un termómetro, y con acierto ó sin él, esto es lo que yo haré mañana, lo mismo que hoy.

Al Coliseo inmediatamente. Cuanto he visto desde el carruaje era repugnante: callejuelas infectas empavesadas de ropa sucia ó que se está secando; viejas construcciones que rezuman ennegrecidas y manchadas de filtraciones grasientas; montones de basuras, tenduchos, andrajos. Todo ello visto bajo una llovizna continua. Las ruinas, las iglesias, los palacios que se ven por el camino, todo el antiguo aparato me parecía un vestido bordado hacia dos siglos; pero viejo también de esos dos siglos, es decir, desdorado, ajado, lleno de agujeros y plagado de humana miseria.

Aparece el Coliseo y se siente uno súbitamente sacudido, y en verdad así se está: esto es grande, nada más grande se imagina. En el interior nadie: profundo silencio; sólo bloques de piedra, hierbas que cuelgan, y de tiempo en tiempo el grito de algún ave. Se está muy bien no hablando: queda uno inmóvil, la vista sube y desciende. Vuelve á subir superando los tres pisos de bóvedas, y por cima del enorme muro que los domina, después se dice uno que esto era un circo; que sobre aquellas gradas se sentaban ciento siete mil espectadores; que todo esto gritaba, aplaudía, amenazaba á la vez; que cinco mil animales eran muertos; que diez mil cautivos luchaban en este recinto, y se forma una idea de la vida romana.

Esto hacía odiar á los romanos. Nadie ha abusado más del hombre; entre todas las razas europeas, ninguna ha sido más nociva: hay que ir á buscar á los déspotas y los devastadores orientales para encontrarle semejantes. Allí habia una ciudad monstruosa, grande como el Londres de hoy, cuyo placer supremo consistía en ver matar y hacer sufrir; para eso venían aquí durante cien días, más de tres meses seguidos. Y este es el



rasgo propio, el distintivo de la vida romana: primero el triunfo, en seguida el circo. Habían conquistado un centenar de naciones y hallaban muy natural el explotarlas.

Bajo un régimen semejante, los nervios y el alma debían llegar á un estado excepcional. Trabajo ninguno; eran alimentados por medio de distribuciones; vivían ociosos; paseábase en una ciudad de mármol; se hacían dar masaje en las termas; contemplaban los bufones y las habilidades de los actores, y para distraerse corrían á presenciar la muerte y las heridas: espectáculo tal les sacudía violentamente, y así pasaban días enteros. San Agustín vió y ha descrito esta afición terrible; todo lo que no fuese aquello parecía á los romanos insípido, ni había manera de arrancarlos ya de su atractivo. Al cabo de cierto tiempo, en medio de estas costumbres de artistas y de verdugos, el equilibrio del ser humano se había trastornado y se habían producido verdaderos monstruos increíbles, no sólo sanguinarios brutales y asesinos fríamente calculadores, como luego en la Edad Media, sino curiosos y *dilettanti*: los Calígula, los Commodo, los Nerón, especie de inventores morbosos, poetas feroces, que en lugar de escribir ó de pintar sus imaginaciones fantásticas, las pusieron en práctica. Muchos artistas modernos se les parecen, mas afortunadamente no salen del papel emborronado. Entonces como ahora, la extrema civilización producía la extrema tensión y las concupiscencias infinitas. Los cuatro primeros siglos posteriores á Cristo pueden ser considerados como una experiencia en gran escala, en la cual el alma humana ha buscado por sistema la sensación excesiva: todo lo que era mediocre ó intermedio, le parecía bajo.

Desde el centro del anfiteatro, cuando el gladiador veía los cien mil rostros y los pulgares vueltos que así pedían su muerte, ¡qué sensación tan grande! Era la del destrozo sin misericordia é irremisible. Aquí se acaba el mundo antiguo; este es el reino indiscutido, no castigado é irremediable de la fuerza. Espectáculos iguales á éste los había en todo el imperio romano: así se comprende que bajo el peso de máquina semejante el universo al fin hubiera quedado vacío. De allí, por contraste, debía salir el cristianismo.

Se vuelve atrás la vista y se mira. La belleza del edificio consiste en su misma simplicidad. Las bóvedas son de plena nistra la más natural y sólida, con una orla unida á ellas. La edificación se apoya sobre sí misma, inquebrantable, y ¡cuán superior á las endebles catedrales góticas con sus contrafuertes, que parecen las patas de un cangrejo! El romano encuentra suficiente su idea; no tiene necesidad de adornarla. Un circo para contener cien mil hombres quedará por tiempo indefinido; ya es bastante. Procede allí, como en sus inscripciones, como en sus documentos (1), suprimiendo la fraseología. El hecho habla bastante alto para hacerse oír por sí mismo. Su grandeza consiste en esto: acciones, no palabras; una especie de alta y serena confianza en sí mismo, el orgullo tranquilo, la conciencia de poder hacer y soportar más que los otros hombres. Pero le faltó siempre el sentimiento de la justicia y de la humanidad, no sólo en la antigüedad, sino en el Renacimiento y en la Edad Media. Los romanos han comprendido siempre la patria á la manera

(1) Respuesta del Senado al rey de Iliria, después de la victoria de Pydna.—Tito Livio.



antigua, como una liga cerrada, útil solamente para oprimir y explotar á los otros. Por lo demás, en la Edad Media no fué la patria para ellos más que un palenque cerrado, en el que cada hombre fuerte, por imposición ó por violencia, obligaba á los otros á servirle. No sé quién fué el cardinal representante de Italia en Francia que decía: «Si por distintivo del cristianismo se entiende la bondad, la dulzura y la confianza mutua, los italianos son dos veces menos cristianos que los franceses.» He aquí la objeción que me he hecho siempre al leer á Stendhal, su gran admirador, tan admirado por mí. Elogiáis su energía, su buen sentido, su genio; decís con Alfieri que la planta hombre nace en Italia más vigorosa que en otras partes; persistís en esto que os parece la alabanza más completa, y no imagináis que se pueda pedir otra cosa á una raza. Esto es tomar al hombre aisladamente, á la manera de los artistas y de los naturalistas, para ver en él un bello animal potente y temible, una actitud expresiva y franca. Pero el hombre tomado por entero es el hombre en sociedad y que se desenvuelve; por eso la raza más superior es la que se muestra apta para la sociedad y el desarrollo. En este concepto, la dulzura, los instintos sociales, el sentimiento caballeresco del honor, el buen sentido firme, la conciencia severa y puritana son dones preciosos, acaso los más preciosos de todos. Esos son los que al otro lado de los Alpes han producido sociedades fuertes y un gran desenvolvimiento de energías; la carencia de esos dones es lo que del lado de acá de los Alpes ha impedido á la sociedad establecerse y el desarrollo en su formación. Un cierto instinto de obediencia pronta es gran ventaja para toda nación, á la vez que un defecto en el individuo, y acaso es

aquí esta potencia del individuo la que ha cerrado el camino á la nación.

Hay en el centro del circo una cruz; un hombre vestido de azul, con traza de burgués, se ha acercado en medio del silencio que reina, se ha quitado el sombrero, ha cerrado su paraguas verde, y con una devoción tierna ha besado tres ó cuatro veces seguidas con ósculos fervorosos el madero de la cruz. Por cada beso se ganan doscientos días de indulgencia.

Se aclaró el cielo, y á través de las arcadas veíanse todo alrededor repechos verdeados, altas ruinas coronadas de espinos, fustes de columnas, árboles, montones de escombros, un campo lleno de largas y blanquecinas matas, el arco de Constantino colocado de través; una mezcla la más singular de abandono y al mismo tiempo de cultura. Esto es lo que se encuentra por todas partes cuando se atraviesa la ciudad de Roma: restos de monumentos y trozos de jardines, una freiduría de patatas bajo columnas venerables por su antigüedad, cerca del puente de Horacio Cocles el olor del bacalao, y sobre los costados de un palacio, tres zapateros de viejo tirando de la lezna, ó bien una planta de alcachofas.

Se deja uno ir, que le lleven donde quieran las piernas, y se deja pasar perdido el tiempo. Nada de cicerone; es el mejor medio de no ver nada y de quedar aturdido. Pregunto por mi camino á un señor muy complaciente, que al punto entabla conversación conmigo. Ha estado en París, admira mucho la plaza de la Concordia y el arco de la Estrella; ha visitado Mabill, y de todo conserva un recuerdo profundo. Las fotografías de las bailarinas y de las mujeres fáciles aparecen aquí en Roma en los aparadores. Corriendo por el extran-



jero, he podido ver que estas señoras forman nuestra universal reputación. ¡Ah! la Francia es muy agradable, y gusta tanto pasearse por el bulevar de Monmartre!

Había quedado por fin el cielo completamente claro, el aire era tibio, el suelo estaba ya seco. Desde el café donde tomé el desayuno, ya no recuerdo en cuál plaza situado, divisaba una cuarentena de vagos sentados en la calle ó apoyándose en las esquinas de las casas, ocupados en no hacer nada; fumaban, bromeaban y hacían comentarios sobre el tiempo y los transeúntes. Tres ó cuatro, á cuál más andrajosos, dejando ver la carne de las rodillas, sucios como escobas viejas, duermen junto á la pared sobre las piedras de la calle. Unos seis de los más inquietos juegan á la *morra*, abriendo y cerrando la mano y voceando el número de sus dedos, cerrados ó abiertos. La mayor parte ni decían nada ni se movían. Sentados en fila sobre el borde de la acera, con la barba apoyada en la mano, la capa echada sobre los muslos, estaban contentos de disfrutar el calor, y no demasiado; esto les basta. Algunos, los voluptuosos y delicados, mascullaban altramuces, y salvo este vaivén de las mejillas, ningún movimiento hacían en toda una hora.

Abrense las ventanas en toda la longitud de la calle, y así las mujeres como las muchachas se asoman á los balcones para tomar el aire. No es posible imaginar un contraste más extraño: la mayor parte son bellas, de vigorosas cabezas muy expresivas, negros y relucientes cabellos cuidadosamente levantados sobre las sienés, ojos brillantes, el color acentuado y franco, color floreciente de la salud; vestido ligero, una peineta dorada, una cadena, dijés, y todo esto encuadrado

en el muro de un tabuco. La argamasa está rota, el ya viejo lodo salpica los paramentos de las fachadas y sobre toda la calle extiende su trazo ennegrecido. Al aproximarse, una entrada tortuosa y oscura con telas de araña pendientes de los maderos desunidos, una escalera que se retuerce como una tripa, y en el interior todas sordideces del hogar: ropas en un montón, una cacerola en el suelo, niños en camisa. No es que sean éstas en manera alguna mujeres de malas costumbres, sino que su dicha consiste sólo en acicalarse y pasar la tarde en el balcón á la manera de un pavo real en su travesaño.

Al final de una larga calle se descubre la iglesia de San Pedro. Ninguna belleza más sólida y más sana que la de esta plaza inmensa; nuestro Louvre y la plaza de la Concordia no son, comparadas con ella, más que pobres decoraciones de teatro. Va subiendo, y así se descubre toda entera de una ojeada. Dos soberbias columnatas la comprenden en su elegante y amplia curva. En el centro, un obelisco, y á los lados dos fuentes que elevan sus penachos de espuma, pueblan aquel enorme espacio. Algunos puntos negros, hombres sentados, visitantes que suben, una hilera de monjes, manchan la blancura de sus gradas y en lo alto de estas escalinatas, sobre un amontonamiento de columnas, de frontispicios y de estatuas, se levanta la gigantesca cúpula.

Se ha hecho todo lo necesario para ocultarla. En cuanto se mira un poco, se ve claro que la fachada la aplasta; es la de un palacio municipal, pretencioso, construido en una época de decadencia. Se ha complicado allí mucho la variedad de formas, se han multiplicado con exceso las columnas, se han prodigado las estatuas y acumu-



lado las piedras, de modo que bajo aquel amontonamiento ha desaparecido la belleza. Al entrar, idéntica impresión se reproduce viendo el interior. Una palabra os queda en los labios: grandioso, teatral. Esto es, potente y majestuoso, pero ampuloso y enfático. Hay exceso de dorados, de esculturas, de mármoles costosos, de bronce, de ornamentaciones, encuadrados y medallones. Para mi gusto, debe ser toda obra arquitectónica, ó de otro género algo como un grito, como una palabra espontánea y sincera, el extremo y el complemento de una sensación, nada más. Por ejemplo, tal Ticiano ó tal Veronés sirve para ocupar voluptuosa y magníficamente las miradas durante un festín de aparato ó una representación oficial, ó bien asimismo un interior de verdadera catedral gótica, como la de Strasburgo, con su enorme nave oscura atravesada de púrpura entenebrecida, con sus filas de pilares mudos, su cripta sepulcral sumida en la sombra y sus rosetones luminosos, que en medio de todos estos terrores cristianos parecen un ventanal abierto sobre el paraíso.

Por el contrario, en esta iglesia de San Pedro no hay sensación franca y simple que domine; es una combinación como nuestro Louvre. Se ha dicho aquí: «Hágamos la decoración más imponente y magnífica posible.» Bramante ha tomado las enormes bóvedas del palacio de Constantino; Miguel Angel la cúpula del Panteón, y de estas dos ideas paganas, agrandadas la una por la otra, han hecho un templo cristiano.

Estas bóvedas, esta cúpula, estas potentes curvas, todo este aparato, es magnífico y grande; sin embargo, no hay por lo tanto en suma sino dos arquitecturas: la griega y la gótica; las otras son

transformaciones, deformaciones y trabajos de amplificación.

† Los que hicieron la iglesia de San Pedro eran paganos que tenían miedo de ser condenados; nada más. Lo que hay de sublime en la religión, la efusión tierna delante de un Salvador misericordioso, el terror de la conciencia ante un juez justo, el entusiasmo lírico y viril del hebreo ante el Dios tonante, la expansión del genio griego ante la belleza natural y dichosa, todos estos sentimientos les faltaban. Comían de vigilia los viernes y pintaban la imagen de un santo sólo para obtener los favores de su intercesión. Miguel Angel recibió por vía de recompensa no sé cuántas indulgencias del Papa, con la condición ó acto penitencial de ir á caballo dando vuelta á las siete basílicas de Roma. Tenían viriles pasiones y una energía virgen; alcanzaron la grandeza porque salían de una época muy grande, pero el verdadero sentimiento religioso no lo tuvieron jamás. Renovaron el antiguo paganismo, es cierto, pero un segundo impulso nunca vale en verdad lo que el primero. La superstición mezquina, la devoción estrecha, vinieron muy pronto á deformar y abatir la potente inspiración primitiva. No hay más que mirar la decoración interior de San Pedro, para ver hacia qué extravíos se inclinaban. Bernini ha infestado esta iglesia de estatuas amaneradas, que parecen contonearse, dislocadas, haciendo dengues. Todos estos colosos esculpidos, que se mueven con actitudes y ropas casi modernas, que quieren ser antiguas, no obstante producen el efecto más desdichado. Al ver esta procesión de celestiales mozos de cuerda, dan deseos de decirles: «¡Hermoso brazo y bien levantado! Mi arrogante monje, tú extiendes vigorosamente el muslo.



Mi buena mujer, esa túnica flota muy convenientemente, estarás satisfecha. Angelitos míos, os alzáis tan ágilmente como si estuvierais en un columpio. Queridos amigos, principalmente vosotros, los cardenales de bronce, y vosotras, las virtudes simbólicas, sois unos figurantes acertadísimos que hacéis posturas ensayando la expresión dramática.»

Volveré: es probable que hoy haya sido injusto; mas no dudéis que de sinceridad en cuanto á la expresión del sentimiento os falta mucho. Presa de mal humor se siente cualquiera delante de esos danzarines sentimentales que Bernini ha colocado en fila sobre el puente de San Angelo. Todos quieren tener el aire tierno ó coquetón y retuercen sus vestidos griegos ó romanos como una falda del siglo XVIII. Ninguna de estas obras de arte es pura. Tres ó cuatro sentimientos contrarios se reúnen en ellas para chocar disparatadamente. El asunto de cada una es un personaje ascético de los que tienen por una pasión ayunar y disciplinarse, pero les han dado un aspecto y un vestido ambos paganos, á más de todos los rasgos propios para expresar que pertenecen á la vida presente. Nada tan desagradable para mí como unas parrillas, un cilicio y ojos místicos en un joven fornido ó en una moza robusta que, en suma, no pueden pensar más que en el amor. Imposible sentir aquí ninguno de los enternecimientos, ninguno de los terrores característicos de la catedral gótica de la vida cristiana. El edificio está con exceso dorado y hartó bien provisto de luz; sus bóvedas y sus pilares ofrecen una belleza sobradamente chillona. No hay manera de arrostrar aquí esa frescura de sensaciones simples, esa serenidad sonriente, soplo de juventud

eterna, que se respira en un templo antiguo y en la vida helénica. Las cruces, los cuadros de los martirios, los esqueletos de oro y todo lo demás que allí se ve, recuerda las mortificaciones y la abnegación de los místicos á fuerza de demasiados emblemas. En una palabra, no hay aquí más que un salón de espectáculos, el más vasto y magnífico del mundo, en el cual muestra su poder á los ojos de todos una institución fuerte y grande. Esto no es la iglesia de una religión, sino la iglesia de un culto.

Paseo por Roma desde las diez hasta media noche. Las calles están casi desiertas: el espectáculo es grandioso, trágico, como los dibujos de Piranes. Muy pocas luces; no hay más que las precisas para acusar las grandes formas salientes y hacer resaltar la obscuridad. Las suciedades, las degradaciones, los malos olores han desaparecido. Brilla la luna en un cielo sin nubes, y el aire movido, el silencio, la sensación de lo desconocido, todo excita y produce sacudimientos.

Esto es grande: he aquí la idea que ocurre sin cesar. Nada es mezquino, común ó vulgar: no hay calle ni edificio que no tenga su carácter, un carácter acentuado y saliente. Ninguna regla uniforme y opresora ha venido á mezclar y disciplinar estas construcciones. Cada cual ha edificado á su gusto, sin cuidarse de los otros, y esa mezcla es bella como el desorden del taller de un gran artista.

La columna Antonino destaca su fuste en la noche clara, y en su derredor los sólidos palacios se asientan majestuosamente, sin pesadez. El del fondo, con sus veinte arcadas iluminadas y sus dos anchas aberturas redondas, también iluminadas, parecen un arabesco de luz ó alguna extraña maravilla que flamea en la sombra.



La fuente de la plaza Navona fluye magníficamente en medio del silencio, y sus aguas impetuosas devuelven en cien mil reflejos la claridad de la luna. Bajo esta luz, que vacila en ondulación incesante, parecen vivientes las estatuas colosales: la apariencia teatral se desvanece; no se ven más que gigantes que se retuercen y se prolongan entre ondulaciones y tenues luces.

Las cornisas de las ventanas, los amplios balcones volados y los rebordes esculpidos de los tejados, pintan los muros de potentes sombras. A derecha é izquierda se ve abrirse callejuelas lúgubres como boca de antro; acá y allá se destaca el lado negro de un convento que parece abandonado, alguna casa alta coronada por una torre que semeja un resto de la Edad Media, las luces lejanas que tiemblan como agonizando y las tinieblas que se esparcen pareciendo que devoran toda vida en el espacio.

Nada tan formidable como estos enormes monasterios, estos palacios cuadrados, donde no brilla una luz y se levantan aislados en su masa inatacable como una fortaleza en una ciudad sitiada. Los tejados planos, las terrazas, los frontispicios, las duras formas intrincadas, rompen en sus vigorosas aristas el claro cielo, mientras á sus pies, las puertas casi invisibles, los límites, los rincones y revueltas, se elevan en la negra sombra. Avanzamos, y todo resto de vida se desvanece. Creeríase estar en una ciudad abandonada y muerta, esqueleto de un gran pueblo repentinamente aniquilado. Se pasa bajo las arcadas del palacio Colonna, á lo largo de los muros silenciosos, y no se oye, no se ve nada humano; solamente de lejos, en el fondo de una calle tortuosa, en la negrura vaga de un porche que parece una cla-

raboya, un reverbero agonizante vacila con su círculo de luz amarillenta y débil. Sus casas cerradas, las altas murallas, delatan su fila inhospitalaria como una línea de escollos en las cercanías de una costa, y al subir, de su sombra, grandes espacios se abren de pronto blanqueados por la luna, semejantes á una playa desierta.

He aquí, por fin, la basilica de Constantino y sus enormes arcaduras con su cabellera de plantas trepadoras. Delante de su poderosa curva detienen los ojos sus miradas; luego, repentinamente, entre sus rebordes hundidos, divísase el azul pálido, el extraño azul nocturno, como una superficie de cristal incrustado de clavos brillantes. Se dan tres pasos, y la divina cúpula del cielo, el granderramamiento de claridad serena, las mil pedrerías rutilantes del firmamento, aparecen en el foro vacío. Camínase á lo largo de las columnas caídas, cuyo tronco parece todavía más monstruoso, Apoyado contra uno de estos enormes fustes, cuyo espesor llega desde el suelo hasta el pecho, se ve perfectamente el Coliseo. El muro que ha quedado entero, aparece todo él negro y se alza de un sólo impulso colosal. Se diría que se inclina hacia fuera y que va á derrumbarse. Sobre la porción ruinoso del monumento, la luna arroja una luz tan viva, que se distingue el tinte rojizo de las piedras. En este cielo límpido, la redondez del circo se hace más sensible y forma una especie de ser completo y formidable. En medio de este imponente silencio, se creería que existe él solo, que los hombres, las plantas, toda la vida transitoria, no es más que una apariencia. He experimentado otras veces esta sensación en las montañas: parecen también ser ellas los verdaderos habitantes de la tierra: se olvida el hormiguero humano, y



bajo el cielo, que es su tienda, se adivina el diálogo mudo de los viejos monstruos poseedores inmutables y dominadores eternos.

A la vuelta, al pie del Capitolio, las lejanas basílicas, los arcos de triunfo, sobre todo las nobles y elegantes columnas de los templos en ruinas, los unos solitarios, aun reunidos en filas fraternales, parecen vivir todavía. Son también seres tranquilos, mas, por otra parte, bellos y sencillos como efebos griegos. Su cabeza jónica lleva un ornamento de cabellera y su luna vierte un reflejo pálido sobre la superficie tersa de sus cuerpos de mármol.

### De Roma á Nápoles

A la derecha un largo acueducto: de larga en larga distancia unas ruinas en el horizonte; acá y allá se encuentra al paso un arco aislado que se cae, y alrededor, perdiéndose de vista, la llanura amarillenta, verdosa y ondulante bajo un viejo tapiz de hierbas marchitas que lava la lluvia y agita el viento. Nubes grises y violáceas ciérnense pesadamente en el cielo, y el humo de la máquina forma sus ondas blancas, que pretenden mezclarse con las nubes. Milla tras milla, el acueducto reaparece monótono como un dique de rocas en un mar de hierbas movedizas. Hacia el Oriente montañas negruzcas se erizan medio blanqueadas por las nubes; hacia el Occidente extiéndese una campiña cultivada, con las copas pequeñas y los mil troncos delgados de los árboles frutales despojados; un arroyuelo amarillo arrastra su curso, regando las tierras mansamente.

Triste es todo esto, y más aún lo son las estaciones, que consisten en miserables cabañas de madera, donde arde un fuego de leña para calentar á los viajeros. Algunos mendigos y varios jóvenes se presentan á la entrada pidiendo un bayoco ó siquiera medio, un triste medio bayoco, por el amor de Dios, de la Madona, de San José y de todos los santos, con la insistencia, el apremio y los débiles gritos tiernos ó violentos de perros que ven un hueso y no han comido en ocho días. No sé lo que llevan en los pies: no son sandalias, y menos aún zapatos; parece un lío de trapos en viejos jirones recogidos en la calle, con los cuales chapotean en el barro. El sombrero de anchas alas plegado y desteñido, los pantalones y la capa indescriptibles, nada se parece á esto, sino son las rodillas sucias de cocina, los pingajos infectos que se amontonan en los depósitos de trapos para hacer papel.

He mirado muchas caras, y cuantas tengo vistas desde que puse los pies en Italia me han venido á la memoria. Todo esto se agrupa alrededor de tres ó cuatro tipos salientes. Hay, desde luego, la fina y linda cabeza de camafeo, perfectamente regular, espiritual, de aire vivo y despierto, capaz de comprenderlo todo al momento, hecha para inspirar el amor y para hablar muy bien y amorosamente. Hay también la cabeza cuadrada, puesta sobre una caja sólida, con gruesos labios sensuales y una expresión de abundante alegría y de verbosidad burlona y satírica. Existe aquí el animal delgado, negro, lustroso, cuyo rostro no tiene carne, siendo todo él rasgos salientes de una expresión increíble, con ojos de fuego, crespos cabellos como un volcán que va á estallar; y hay, finalmente, el tipo del hombre bello y vigoroso, fuerte



de complexión y musculoso sin pesadez, piel de matiz caliente, que os mira con fijeza á la cara: en una palabra, hombre completamente fuerte que parece esperar la acción y la expansión, pero que esperando no se prodiga y permanece inmóvil.

Todo este camino y este paisaje, hasta Nápoles, deben ser bastante bellos, pero á cielo claro y en estío. Muchas montañas de hermoso y variado aspecto, no enormes, pero grandes y medio cubiertas de arbustos; á veces, una población blanca y gris que cubre toda una colina redonda como una colmena de abejas... Pero la lluvia y la niebla confunden las formas, el invierno todo lo ensucia, no hay verdor, las hojas secas y pajizas penden de los árboles como un vestido viejo: los torrentes cenagosos decolaran la tierra; ésta es un cadáver en vez de una hermosa joven adornada de flores.

## NÁPOLES

---

*20 de Febrero.*

Este es otro clima, otro cielo, casi otro mundo. Al aproximarme esta mañana al puerto, cuando el espacio se ha ensanchado y el horizonte se ha descubierto, no he distinguido á primera vista más que blancuras y esplendores. A lo lejos, bajo la bruma que cubre el mar, extendíanse y prolongábanse las montañas luminosas y satinadas como nubes. Avanzaba el mar á grandes olas blanquecinas y el sol, vertiendo su río de llamas, formaba como un riel gigantesco de metal fundido que tocaba en la playa.

Medio día he pasado en la Villa Real; es un paseo plantado de robles y de arbustos siempre verdes, que sigue á lo largo de la costa. Algunos árboles nuevos, atravesados por la luz, abren sus tiernas hojas, aun pequeñas, y esparcen ya sus florecitas amarillas. Estatuas de bellos jóvenes desnudos, Europa montada en su toro, inclinando todos ellos sus cuerpos de blanco mármol entre el verde claro de las plantas. Lagos de claridad vienen á brillar, destacándose sobre los prados de césped; hierbas trepadoras se entrelazan ciñendo